

Pues en una labranza de aquel suelo
Recogiendo virtud para la panza,
Se vino contra él un indezuelo
Diciendo: «No me cojas mi labranza».
Sobre lo cual los dos andan al pelo
Un rato, que no fué poca tardanza;
Y el Almonte, con ser hombre bastante,
Le pareció luchar con un gigante.

Y en confianza de su fuerza mucha
A los principios bien pensó amarrallo;
Pero fuéle tormento de garrucha,
Y por bueno tuviera ya dejallo,
Porque durante la terrible lucha
Vido cómo tenía piés de gallo.
Dijo: «¡Jesus! ¡Jesus!» y en el momento
El indezuelo se le tornó viento.

Acudieron los de su camarada
A las débiles voces y al gemido:
Hallaronle la cara rasguñada,
Ajeno de sus fuerzas y molido;
Y siendo la razon investigada,
Dijo lo que le había sucedido;
Y tiene hijos hoy aqueste hombre
En este reino, de su mismo nombre.

Al dicho valle con su gente viene
Céspedes do después sucedió esto,
Y porque tal renombre no conviene,
Val de San Bartolomé le fué puesto,
El cual renombre de presente tiene,
Y el otro se quitó por ser molesto;
Pero, pues acabamos el digreso,
Justo será volver á mi proceso.

El Juan de San Martín con el restante
En Sopatín entró, pueblo cercado
De ciénagas que tiene por delante,
Bien proveídas todas de pescado:
Mostraronle los indios buen semblante,
Mas él siempre vivía recatado,
Tanto, que por los ver apercebidos
De sus casas se van sin ser sentidos.

Viéndose solos en aquel asiento,
Cercados de agua, faltos de comida,
Envían á buscar mantenimiento
Cuatro mancebos en edad florida,
Que por el agua van, con detrimento
Y no con poco riesgo de la vida,
A cierta poblacion que está frontera,
Sería media legua la carrera.

Tres de los cuatro van á pié ligero,
Y un Ocampo llevaba piés bestiales;
Mas antes de tomar pueblo frontero
Los cercan con sus barcas naturales,
Embistiendo con Pedro Cocinero,
Uno de los soldados principales;
Y el impetu fué tal y tan violento,
Quel misero perdió vital aliento.

De los tres otros cada cual procura
Apercebirse para su defensa:
El ánimo sobró, faltó ventura
Para que les suceda como piensa,
Porque su vida fué de poca dura,
Por ser los indios cantidad inmensa;
Y así fueron los miseros vencidos,
Y dentro de las aguas sumergidos.

Los demás, á quien esto fué visible,
Maldicen sus trabajos y fortuna,
A causa de que no les fué posible
Podellos socorrer en la laguna,
Y el riesgo do se vian ser terrible,
Sin hallar de canoas sino una
Capaz de dos personas solamente,
Sin otra circunstancia ni adherente.

Acordóse que la canoa fuese
Con dos valientes mozos nadadores,
Para que Juan de Céspedes viniese
A los librar de pérfidos traidores;
La cual determinaron que saliese
Cuando faltasen claros resplandores:
Fué pues en ella Francisco Salguero
Con un Pedro Martín su compañero.

A boga que no sienten los oídos,
En el plan las espadas sin rodela
Caminan, y desnudos de vestidos,
Con el obscuro nubló que los cela;
Pero con todo esto son sentidos
De barbaros que hacen centinela:
Tocaron cuernos, dan grandes clamores,
Convocando los otros moradores.

Los españoles otros que despiertos
Oyeron el ruido y estampida,
Al Salguero contaban con los muertos,
Y al buen Pedro Martín no daban vida:
Salieron mil canoas de los puertos
Contra los que se ponen en huida,
Los cuales viendo ya tales extremos
Acuerdan de los brazos hacer remos.

Y confiados en ayuda santa
A nado van los dos via derecha,
Huyendo del clamor que los espanta
Y hace su carrera mas estrecha:
Al Salguero hirieron en la planta,
De la cual luego se sacó la flecha;
Al fin cada cual dellos persevera
Hasta que ya tomaron la ribera.

Luego con la posible vigilancia
Y riesgos y trabajos no crederos,
Encaminan sus pasos al estancia
Donde estaban los otros compañeros,
Que sería seis leguas de distancia,
Atravesando ciénagas y esteros:
Llegaron pues á do se representa
Y de lo sucedido dieron cuenta.

Curaron al Salguero la herida,
La cual no fué de flecha venenosa;
Y la necesidad reconocida
Do la tardanza fuera peligrosa,
El Céspedes abreva su partida,
Que punto de la noche no reposa,
Sino que por camino mal seguro
Siempre fué caminando con obscuro.

E ya llegando cerca del asiento
De aquel que su victoria regocija,
Entró con belicoso rompimiento,
Sirviéndole la noche de cubija:
El cacique huyó de su aposento,
Pero prendieron la mujer y hija,
Y estas mujeres dos fueron capaces
Para que celebrasen luego paces.

Porque el cacique vino ya de día
Para las rescatar con algun trueque,
Diciendo que si mal se les hacía,
Era por indios de Tamalameque,
De los cuales Alonso fué la guía,
A quien reconocían por su jeque;
Y que creyesen y estuviesen ciertos
Quel no tenía culpa de los muertos.

Vió pues el San Martín blanca bandera,
Y conoció por ella buen efeto:
Dió las gracias á Dios por verse fuera
Del riesgo no dudoso ni secreto,
Porque si Céspedes no socorriera,
Dudaban escaparse del aprieto:
Al fin durmieron juntos, y otro día
Dan orden á lo que les convenia.

Ayudaron los indios al pasaje,
Y diéronles también comida harta,
De que hicieron buen matalotaje,
Mandando que por orden se reparta:
Prosiguieron después aquel viaje
Que se llevaba para Santa Marta;
Y eso me da en rodeos que en atajos
Innumerables fueron los trabajos.

Teniendo concluida la jornada,
Al tiempo que llegaron al Dorsino
Supieron de la muerte acelerada
De Lerma y residencia que le vino,
Fué nueva para ellos tan pesada,
Que cierto se volvieron del camino,
A no saber allí toda la sierra
Y la costa del mar estar de guerra.

Mas parecióle obra de villanos,
Sin uso de razon y gente dura,
No ir á socorrer á sus hermanos
En esta peligrosa coyuntura;
Pues si vinieran indios comarcanos
Abrieran para todos sepultura:
Llegaron pues setenta de los ciento
A tiempo que les dió sumo contento.

Dió luego residencia quien regia,
Y el golpe de la bolsa fué ligero,
Por llegar menos llena que vacía;
Pero toda la pena fué dinero,
Porque el doctor Infante mas lo habia
Por las botas que por el escudero;
Y así por vellos flacos de costilla
Con menos que pensó volvió á su silla.

Mas luego como vino mandó fuera
Con gente y armas bien apercebido
Al diestro capitán Juan de Ribera,
Que nunca revolvió ni mas lo vido,
Por ser de Fedriman en su bandera
Con sus soldados todos detenido,
Segun mas largo tengo declarado
En otra parte deste mi tractado.

Antes de se partir también habia
A tierra de caribes dirigido
Un cierto capitán dicho Mejía,
Su deudo, que con él era venido;
El cual dentro del tiempo que queria
Volvió de muchos indios proveido,
Y así como si fuesen de Etiopia
Este doctor llevó crecida copia.

Ningun indio rebelde hizo llano,
Por faltar militares aderezos,
Mas puso para ello de su mano
Por justicia mayor un Anton Bezos,
Que reconcilió lo mas cercano
Y deshizo no pocos estrompiezos;
El cual, aunque tenia feo nombre,
En todas cosas era cabal hombre.

Estuvieron así desta manera,
Con subyeccion del ordinario yugo,
Hasta tanto que por aquella era
Al gran emperador don Carlos plugo
Dar por gobernador desta frontera
A don Pedro Fernandez Luis de Lugo,
Del cual quiero tractar; mas determino
Descansar al principio del camino.

ELEGIA IV.

A la muerte de don Pero Fernandez de Lugo; donde se cuenta la llegada á Santa Marta con el gobierno de aquella provincia, y lo que sucedió durante su vida.

CANTO PRIMERO.

Cosa de risa es, ó ya de lloro,
Desembarcarse gente chapetona
En las regiones indicas do moro,
Con gran autoridad en su persona,
Y cómo piensa luego cargar oro
En virtud de lo mucho que blasona,
Y otros que truecan para volver ricos
En cueras y jubones los pellicos.

Y así muchos ocupan los navios,
Para mas adornar el mortal vaso,
De calzas, gorras, plumas y atavios
De terciopelo, tafetan ó raso,
Que para las entradas son baldios,
Y de quien bosques hacen poco caso,
Porque para romper el espesura
Poco vale pomposa vestidura.

También lo hace mal aquel que entiende
Los negocios de Indias, y en España
Como si fuese pura verdad vende
Lo que sabemos ser acá patraña;
Y no sé con qué excusa se defiende
Aquel que tantos miseros engaña,
Haciéndoles creer que donde vino
Dejó montes cubiertos de oro fino.

Y así por mejorar su pasadía
Vienen mil hombres á peor estado;
E yo sospecho que por esta vía
Fué don Pedro Fernandez engañado,
Persuadido, según que se decia,
Por Francisco Lorenzo del condado,
Que de los de Bastidas fué primero,
Y casado con Isabel Romero.

Que en este reino fué después casada
Con Céspedes, varon de cuyos hechos
En este nuevo reino de Granada
No pueden sus enojos ser estrechos:
Dejó generacion multiplicada,
Que por herencia tiene sus provechos,
Gauados con valor de su persona
En servicio de la real corona.

Oyendo pues el encarecimiento
Y fama de la hermana de Maria,
El don Pero Fernandez, cuyo intento
Fué siempre de cristiana hidalgua,
Demandóla por adelantamiento,
Demas del de Canaria que él tenia:
Fuéle por nuestro rey la merced hecha,
Y para la partida se pertrecha.

Ayudaron también con sus caudales,
Como coadyutores del armada,
Luis Bernal y Gomez de Corrales
O del Corral, persona señalada,
Y Albaracin con otros principales,
Que fueron de la gente mas granada,
Deste reino también descubridores,
Aunque mal satisfechos sus sudores.

Los tres quinientos años ya corridos
Con otros treinta y cinco de la era,
Con mas de mil soldados escogidos
Procuró de pasar esta carrera,
Con tantas variedades de vestidos
Como flores produce primavera:
Capitanes, alfereses, sarjentos
Y soldados con ricos ornamentos.

Fué general, por ser hombre bastante,
Su hijo don Alonso Luis de Lugo,
Y de lo ver con cargo semejante
A ninguno del campo le desplugo;
Pero, como diremos adelante,
Para su padre cuasi fué verdugo
En lo dejar sin oro ni vajilla,
Huyendo del la vuelta de Castilla.

Fué justicia mayor el licenciado
Don Gonzalo Jimenez de Quesada,
Varon en varias letras señalado,
El cual por su valor en el espada
Pudo llegar á ser adelantado
En este nuevo reino de Granada;
Y se decir quel adelantamiento
Era cifra de su merecimiento.

El diestro capitán Diego de Urbina
Por maese de campo se pregona:
Don Diego Sandoval en él resina
El cargo con que vino su persona;
Fué capitán por ser persona dina
Ansimismo don Diego de Cardona;
También lo fué Diego Lopez Haro
Y Gonzalo Suarez, varon claro.

Don Pedro Portugal mando tenia
Y Alonso de Guzmán, hombres enteros,
Cada uno con su capitania
Y en ellas valerosos caballeros,
Que tela de oro y plata los cubria,
Donde gastaron suma de dineros:
Vinieron otros muchos eminentes
De los cuales hoy pocos hay presentes.

Mas viven hoy Diego Rincon Barriga,
Pero Niño y Bartolomé Camacho,
De cuyo valor mucho que se diga
Se dirá con verdad y sin empacho,
Pues cualquier dellos en mortal fatiga
Varon insigne fué con ser muchacho:
Vive por consiguiente Miguel Sanchez,
Terror grande de musos y de panchez.

Vive también Pero Rüz García,
Paredes Calderon, aquel de Ronda,
En cuyo merecer la musa mia
No puede hallar fondo con su sonda;
Ve Juan Rodríguez Parra nuestro día,
Y con los que se ven á la redonda
Hay Juan Rodríguez Gil, á cuyos hechos
Se deben grandes colmos de provechos.

Hay vivos Castro y Silva, lusitanos,
Los cuales para todos hechos buenos
Nunca sus fuertes y veloces manos
Tuvieron encerradas en los senos;
Manchado y Salamanca, ya muy canos,
De enfermedad y de miseria llenos,
Con un Anton Rodríguez de Casalla
De amon prestas á cualquier batalla.

Viven algunos otros querellantes
De los jueces y gobernadores,
Por dar á los malsines y chocantes
Los ajenos trabajos y sudores,
Y verse de señores mendicantes,
Y ver los mendicantes ser señores,
Con ser descubridores y guerreros
En este nuevo reino los primeros.

También las herederas de defuntos
Tienen por acertadas ordenanzas
Que sean juveniles los trasuntos
De los que las dejaron con pujanzas,
Teniendo por mejores estos puntos
Que las primeras puntas de las lanzas;
Y en sus moradas lo que mas importa
Es ver calza follada y capa corta.

Mozuelos son los que con ellas valen,
Y el que era rompe-poyos es un Fúcar,
Y quieren que los curen y regalen
Con guisadillos hechos con azúcar;
Mas quíerome volver á los que salen
De los puertos y barras de Sanlúcar,
Para se proveer en las Canarias
De muchas otras cosas necesarias.

El número mayor de gente viene
En itálicas guerras instruída,
E ya la isla Teperife tiene
La cantidad que digo recogida;
Y á todos les parece que conviene
Apresurarse para la partida,
Convidándolos con aviamiento
La bonanza del mar y largo viento.

Las áncoras del limo se despegan;
Pusiéronse las velas en concierto;
Con viento procelífero navegan
Por altas ondas y por mar abierto,
Y dentro de cuarenta días llegan
A la querida Marta y á su puerto,
Tendidas por las gaviyas y otras partes
Flamulas, gallardetes y estandartes.

Lucen las sedas, granas, perpiñanes,
Disparan tiros, tócanse trompetas:
Veréis luego de damas y galanes
Llenos bordos, cubiertas y jaretas;
Los soldados, sarjentos, capitanes,
Con plumas de avestruces y garcetas;
Miran por la ciudad mozos y mozas,
Y no ven sino mal paradas chozas.

Mas vieron pasear por la ribera
Mozo gentil en Málaga nacido,
Que se dijo Gonzalo de Cabrera,
Soldado del ejército florido,
Que les cayó á la mar andando fiero,
Y no pudo ser dellos socorrido,
Porque por ser aquel tiempo terrible
Amainar presto no les fué posible.

Cubríanlo los mares encumbrados,
Y así ruega la gente descontenta
A Dios que le perdone sus pecados,
Que de su vida no hicieron cuenta:
El joven con los ojos levantados
Al cielo da clamores y se alienta,
Rodeado de grave desconuelo,
Porque ya no ve mas que mar y cielo.

Mas llama la limpiezima Maria,
Estrella de la mar y lumbré nota,
Y así lo socorrió, pues aquel día
En demanda venia desta flota
Un rico galeon de mercancia
Y por los mismos rumbos y derrota:
Enfrente se le pone y al encuentro,
Y con santo favor lo metió dentro.

Las otras alcanzó por ser lijera,
Y allí las saludó según su fuero,
Sin les manifestar en la carrera
La recuperacion del compañero,
Porque luego tomó la delantera
Y en Santa Marta se ancló primero
Dos días, y el armada ya venida
Admiracion causó vello con vida.

Desembárcanse luego los gentiles
Hombres con bizarrías y primores,
Que todos eran Héctores y Aquiles
Y aun en las apariencias muy mejores:
Tocan altos y bajos ministriles
Los pifaros y cajas de atambores;
Por orden se componen las hileras,
Tendidos estandartes y banderas.

Hierven los militares ejercicios,
Briosos los maneobos y los canos;
Caminan sin tumulto ni bullicios,
En orden, con las armas en las manos,
Al templo de los santos sacrificios
A dar gracias á Dios como cristianos:
No pueden espresar breves cuadernos
Las galas con que salen los modernos.

Los antiguos con sus camisetas,
Tan delgados de zancas y pescuezos,
Que pudieran contalles las costillas,
Arrinconados con el Anton Bezos,
Contemplaban aquellas maravillas
De trajes y costosos aderezos;
Mas la contemplacion no fué sin mofa,
Como gente de no menor estofa.

Ni mas ni menos á recién venidos
Les parecia ver embalsamados
Cuando vian los rostros perendidos,
Viniendo todos ellos colorados:
Al fin burlaban de los mal vestidos,
Y esos de los bien aderezados,
Considerando que la dura hambre
Había de ojear aquel enjambre.

No se vió mejor rato de alegría
Al tiempo que el alarde se miraba
Que oír á Manjares lo que decía
Y disimulacion con que hablaba,
Aquel descuido con que respondía
A quien alguna cosa preguntaba,
Diciendo: «Yo no correré con gente
Que trae tantas plumas en la frente.»

»Pues si quieren subir un alto monte
O desechar un reventon acaso,
Cada uno será Belerofonte
Ayudado de plumas de Pegaso,
Y podrán rodear un horizonte
Sin sudar cuera ni jubon de raso:
No yo que siempre subo por escalas,
Y flacos alpargates son mis alas.»

Uno decía y acudian todos,
Picando cada cual con su faecia
Por sátiricos y dolosos modos,
De que en las Indias cada cual se precia,
Y Pedro de Madrid con sus apodos
Cuya dicacidad nada fué necia:
Aqueste fué de Eraso muy pariente
Y en dichos repentinos escelente.

Hombre de guerra fué y hombre de plaza,
Pero yo digo que sus apotemas
Si lengua torpe no los despedaza
Bien merecen tener sillas supremas;
Hoy posee su hijo Pedro Daza
Sus suertes que no son de las estremas;
Mas á la trisca vuelvo de aquel día,
Donde por todos ellos se decía:

Este se huella bien, aquel va tiesto,
Este como rocin hace corvetas,
Aquel según las muestras de su gesto
Ha poco tiempo que dejó las tetas;
Mas yo bien creo que bailarán presto
A su pesar al son de las gambetas,
Cuando ya sin vigor y sin aliento
Les haga dar vaivenes flaco viento.»

Quíñones, que no tan liviano pisa,
Decía como cuerdo caballero:
«Mas es para llorar que para risa
Tanto bueno venir al matadero:
Quedará quien viviere sin camisa,
Sin humano favor y sin dinero;
Pues cada uno dellos, cuerdo ó loco,
En se valer así no hará poco.»

Las triscas y las mofas acabadas,
El Anton Bezos con el regimiento
Dieron á las personas señaladas
Según sus pobres fuerzas aposento;
Y los demás tomaron por posadas
La claridad del sol y el fresco viento;
Después junto del mar y sus resacas
Formaron muchos toldos y barracas.

Muchas dueñas con dones peregrinos
En estos pobres toldos se metieron,
Y digo peregrinos ó marinos
Porque dentro del mar se los pusieron;
Acudian allí de los vecinos
A conversar, mas ellas les dijeron:
«¿Dónde está la ciudad rica por fama
Que Santa Marta dicen que se llama?»

»Y vosotros, vecinos sin provecho,
¿Cómo podéis vivir desta manera
En chozuelas cubiertas con helecho,
Y qué viento meneá la madera,
Una pobre hamaca vuestro lecho,
Una india bestial por compañera,
Curtido cada cual, seco, amarillo,
Como los que castiga Peralvillo?»

»Si por ventura es el mas decoro,
Según las casas son y vuestra ropa,
El diablo se lleve vuestro oro
Y á vosotros también de proa á popa:
Pues cieno veo yo, que no tesoro,
Adonde los vestidos son de estopa:
No veo yo delante de mi cara
Gente con alpargate y antipara.»

Respondió Manjares que está presente:
«Señoras, la ciudad es invisible,
La cual tiene muralla trasparente
A los grandes calores conveniente,
Y mas para recién venida gente,
El ardor de la cual es insufrible;
Tampoco podéis ver los aposentos
Porque son hechos por encantamentos.»

»En lo demás de nuestras vestiduras,
Carnes curtidas secas y mal puestas,
Podríamos usar de bordaduras
Y poner en las gorras largas crestas;
Mas somos caballeros de aventuras,
Que siempre caminamos por florestas
Donde las guádubas y las yaurumias
Quitarían las gorras y las plumas.»

»Y ningunos podrían ser correos
Lijeros para ir tras una huella,
Adonde se celebran los torneos
Y el baul ó la baba se desuella,
Porque todos corremos con deseos
De fajar con Angélica la bella
Y metelle las manos por los senos
Do se suelen hallar joyeles buenos.»

En tanto que estas cosas se reían
Y las mas necesarias ordenaban,
Todos mantenimientos deserecían
Y venderas faltas se lloraban,
Porque ni los antiguos los tenían
Ni los recién venidos los hallaban,
Ni había do poder cómodamente
Repartir los lugares esta gente.

Como creciesen pues necesidades
Y oviese de los aires inclemencia,
También crecían las enfermedades,
General corrupcion y pestilencia
De cámaras, de tales cualidades,
Que no se les hallaba resistencia:
El buen gobernador desconsolado
De ver su campo tan atribulado.

El cual viendo lo mucho que le toca,
Según suele católico cristiano,
Con su solicitud, que no fué poca,
A todos procuraba dar la mano
Hasta quitar la cosa de su boca,
Con no se sentir él del todo sano,
Curando pesadumbres y zozobras
Con santos dichos y cristianas obras.

Procuró siempre que los sacramentos
Adminstrasen curas al doliente;
Y con que se morían por momentos,
A los entierros se halló presente;
No le faltaban tiernos sentimientos,
Pues lo que sienten todos él lo siente:
Al fin en un angustia tan terrible
El hizo de su parte lo posible.

Revolviendo mil cosas en su mente,
Viéndolos padecer desta manera,
Parecióle ser cosa conveniente
Salir alguna gente sana fuera,
Pues todos deseaban ver la frente
Del indio que defiende su frontera,
Por ser común á los que vienen rudos
Hacer poco caudal de hombres desnudos.

Y así viendo de paz allí delante
Ciertos caciques, un capitán nuevo,
Decía: «Voto á tal, á mi montante
Son dos mil destos muy pequeño cebo,
Y en cualquiera recuento semejante
Haré yo lo que digo y lo que debo.»
Mas no fué menester tan gran partida
Para perder los fieros y la vida.

Porque haciendo la primer entrada
Por aquellos lugares mas cercanos,
Cuando queria dalles cuchillada
Sus piés no se hallaban tan livianos;
Y así no fué montante ni aun espada
Parte para librallo de sus manos,
Antes flecha mortal vino volando
Con quel buen Salazar murió rabiando.

Debajo pues del cielo que se apunta,
Que fué tomar los mas sanos consejos,
El don Pedro Fernandez hizo junta
Ansi de los modernos como viejos;
Mas en satisfacer á su pregunta
Los nuevos no podían ser parejos,
Pero habló con todos de presente,
Y así dicen que dijo lo siguiente:

«Caballeros, ya tienen entendida
Y les consta por públicos pregones
La causa principal de mi venida
A estas remotísimas regiones;
Es voluntad del rey obedecida,
Cédulas y reales provisiones:
Agora es menester que se comience
La obra quel esfuerzo y fuerza vence.»

»Sabeis que en nuestras tierras y reposo
Teníamos mediana pasadía,
Y pasamos á Indias deseosos
De la hallar con mucha mejoría;
Mas si quisiésemos estar ociosos
Nunca podremos ver agueste día,
Porque también acá como en España
Comerá quien se diere buena maña.

»Que sean mis razones pertinentes
Y sin desproporcion de la materia,
Estos hidalgos que tenéis presentes
Contarán maravillas de la feria;
Pues por ser todos hombres diligentes
Han podido vencer suma miseria,
Haciendo mil entradas y salidas
Para traer con qué pasar las vidas.

»Y tampoco no fué tan limitado
Lo que cogieron con su buena maña,
Que si por ellos fuese reguardado
No descansar muchos en España;
Mas pensar quel majuelo vendimado
Por mas que lo vendimien no se daña,
Hizo tener en poco la riqueza
Y también esperar mayor grandeza.

»A causa de tener por cosa cierta
Haber otras provincias estendidas
Donde no vive gente descubierta,
Sino gentes cubiertas y vestidas,
Hanse tomado muchos de la puerta
Que tienen las entradas conocidas:
Pues aquesta region que está doncella
Habemos de morir ó dar en ella.

»Porque, señores, no somos venidos
A reposar detrás de la cortina,
Ni conviene que estemos atenedos
A solamente lo de la marina;
Pues para buscar reinos estendidos
La voluntad del rey nos encamina,
Y también fué mi principal intento
Engrandecer este descubrimiento.

»Pues aunque se hallara mas entero
Lo del mar y su gente mas compuesta,
Ya veis que para tanto caballero
Es muy pequeña cabalgada esta:
Terreno con posible de dinero
Habemos de buscar, y es lo que resta,
Donde podamos mejorar estado
Y quien trabaja viva descansado.

»El viaje será de poca dura,
Segun da la razon quien lo cudiera,
Y en Dios confío yo que la ventura
A mí y á todos ha de ser propicia,
Para que de caverna tan obscura
Saquéis á clara luz esta noticia
Que conyecturo ser de gran substancia
Y no de menos honra que ganancia.

»Pero para que mas aseguremos
Los puertos que dejamos atrasados,
Conviene que primero castigemos
Algunos destos indios rebelados,
Y de sus bienes nos aprovechemos:
Haremos una via y dos mandados,
Comprando del despojo del salvaje
Las cosas necesarias al viaje.

»Quedará de tal suerte castigado
Que cese su molesta pesadumbre,
Y sabrá quien está mas alterado
Que tiene de mudar vieja costumbre;
E ya sea por fuerza, ya de grado,
Ha de venir á justa servidumbre,
Subyectando ciudad, lugar ó villa,
A la real corona de Castilla.

»Por tanto las guerreras compañías
Se pongan en el orden conviniente,
Porque dentro de tres ó cuatro dias
Vamos á visitar bárbara gente:
Veremos estas grandes valentías,
A las cuales yo quiero ser presente,
Y luego don Alonso Luis ordene
Aquello que mas viere que conviene.

Por don Alonso la voluntad vista,
Deseos y mandatos paternales,
Luego mandó también hacerse lista
De capitanes y otros oficiales,
Para que prestos para la conquista
Tuvieren los soldados principales:
Echase bandos, tocan atambores,
Alcabuets de hélicos ardores.

Capitanes, alferez y sarjentos,
Ansi modernos como los antiguos,
Alistaron aquellos ornamentos
Que suelen en la guerra ser testigos
O de victorias ó de vencimientos,
Que toman unos de otros enemigos:
El arcabuz, la lanza y el espada
Esperaban la hora señalada.

Los treinta y seis corrian de la era
Demás y aliende de los quince cientos,
Cuando de Santa Marta salen fuera
Soldados cantidad de novecientos,
Compuestos por el orden y manera
Que dan italianos documentos;
Mas en aquella tierra tal alarde
No puede ni conviene que se guarde.

Ni sufren asperezas que se ordenen
Hileras ni formados escuadrones,
Sino que las industrias que se tienen
Nacen de las presentes ocasiones;
Ni los indios en rompimiento vienen
Hasta debilitar los corazones,
Pues diferentes altos fortifican
Y desde lejos á su salvo pican.

Y acontece venir un torbellino
Que se desliza desde los altores
De galgas como piedras de molino,
Y aun por la mayor parte son mayores,
Que barren cuanto topan de camino
De los que tienen por competidores;
Y ansi no suelen ser malos avisos
Al subir de los altos ir divisos.

El campo todo va sin que se absconda,
No como lo hacia diestra gente
Cuando daban en los de la redonda
Con gran obscuridad tácitamente;
Porque con clara luz suben á Bonda
Y en el mayor vigor del sol ardiente:
Vieron de indios cantidad inmensa
Con determinacion de su defensa.

Subian con el buen adelantado
Los caballos por ásperas laderas,
Haciendo vueltas por el otro lado
Por no poder subir el escalera:
Mas Céspedes, en un rucio rodado,
Que nunca se vió bestia mas lijera,
Subia por los mismos escalones
Por donde van sudando los peones.

Estando pues los bárbaros atentos,
Antes que concluyesen la subida,
Se les hicieron tres requerimientos
Con lengua de los indios conocida,
Para que dejen hélicos intentos
Y vengan á la paz si quieren vida,
Subyectando sus pueblos y cabañas
Al poderoso rey de las Españas.

Los bárbaros con bríos singulares,
Burlando de las lenguas y las guías,
Defienden las entradas y lugares
Con sus acostumbradas valentías;
Mas Juan de Tapia y Gonzalo Suárez
Animan sus lustrosas compañías,
Y Céspedes que nunca quedó falto,
Hasta poder llegar á lo mas alto.

Piedras y flechas van enerboladas
Sobre quien sube con ligeras suelas;
Centellas ven salir de las espadas,
Quebrados los escudos y rodela;
Abollan cascos duros y celadas,
Derribanse también dientes y muelas,
Crecia por momentos la porfia,
Y cuanto mas duraba mas crecía.

Como si cuando soplan luego prende
En cantidad de leña viva llama,
Que tanto mas aquel furor enciende
Cuanto la ceban mas con seca rama,
Y con mas fuerza su calor estiende
Acia la parte donde se derrama,
Y cuantos mas son los atizadores
Las llamas y los humos son mayores:

Ni mas ni menos fué cuando subian
Los nuestros por los pasos referidos,
Pues unos, otros y otros acudían,
Y cuantos vienen mas, mas encendidos,
Hasta dar con los arcos que traían,
Después de ya los tiros consumidos:
Pero ya trompezando, ya cayendo,
Siempre los españoles van subiendo.

Juan de Céspedes sube y arremete
Al escudron que vió mas atrevido,
Y con aquel valor que se promete
Los quitó del lugar fortalecido;
De españoles quedaron muertos siete,
Y Tapia, capitán, muy mal herido
De una crudelísima pedrada
Que le llagó la mano del espada.

Después que los peones prosiguieron,
La gente de caballo se apresura,
Mas los veloces indios se subieron
En otras partes de mayor altura,
Quedando tres ó cuatro que murieron
Con bala de arcabuz ó jara dura:
Los españoles van en ese punto
A la ciudad mayor que tienen junto.

La cual era, segun se manifiesta,
Alcazar y morada de los reyes,
Y la cabeza dicen ser aquesta
De las que están subyectas á sus leyes:
Era de grandes casas bien compuesta,
Que suelen por allí llamar caneyes,
Donde no vieron ánima nacida,
Antes de todas cosas ya barrida.

Otra vez con la paz les requerian,
Con voces que les eran manifiestas,
Las cuales sus oídos ofendian,
Teniéndolas por duras y molestas;
Y si desde los altos respondian,
Son flechas venenosas las respuestas,
Tantas, que les hirieron seis caballos
Sin que pudiese cura remediallos.

Vista pues por el buen adelantado
La gran protervidad del enemigo,
Determinó que fuese castigado
En lo que se pudiese dar castigo;
Y ansi luego mandó ser abrasado
Por todas partes el lugar que digo,
Y los demas que van por las laderas
Talandoles también las sementeras.

El alferez mayor Anton de Olalla
Y el capitán Juan Ruiz Orejuela,
Con cuyas fuerzas en cualquier batalla
El mas fuerte y el flaco se consuela,
Mandaron á la gente que se halla
Con mechas, aderecen la candela,
Para que se conviertan en ceniza
Las moradas de la ciudad pajiza.

Fumosas llamas cercan el asiénto
Que sobre muchos otros tiene mando:
Vuelan luego con gran fuerza de viento,
Los bajos y los altos ocupando,
Sin que manifestasen sentimiento
Los indios que su mal están mirando;
Mas antes deseaban ver las casas
Do cristianos entraron hechas brasas.

Por las cercanas villas estendieron
Las llamas del incendio riguroso,
Y luego visitaron y corrieron
A los valles de Cueto y Valhermoso,
Con mas los siete pueblos do tuvieron
Ningun espacio largo ni reposo,
Antes desde los altos y penoles
Les hirieron algunos españoles.

Y en ciertas angosturas de lugares
Perecieran enfermos castellanos,
Donde con instrumentos militares
Los acabaran indios comarcanos,
Si la virtud del capitán Suárez
No los quitara vivos de sus manos,
Y ansimismo don Diego de Cardona
Con insigne valor de su persona.

Del hemisferio nuestro retrayendo
Iba su presurosa luz Apolo,
Y sus dorados rayos estendiendo
A las gentes que ven el otro polo,
Al tiempo que Suárez, conociendo
Que con su compañía queda solo,
Procura como capitán discreto
Sacar á sí y á todos del aprieto.

Porque el adelantado ya camina
A la parte de Bonda y a sus llanos;
Con él van Orejuela y el Urbina,
Que siempre los tenía mas cercanos,
Con Juan de San Martín, que los atina,
Por ser de los mas diestros baquianos,
Después de ya dejar incendio hecho,
Que fué de mayor riesgo que provecho.

Sabiendo pues Suárez ya ser idos,
Porque sin riesgo pasen la gran cuesta
(Por cuya causa fueron repartidos)
Entre los españoles contrapuesta,
Mandó que suban algo divididos,
Por tanta galga como los molesta:
Finalmente, pasaron sin desmanes
Donde estaban los otros capitanes.

Para curar algunos del rabioso
Veneno, dieron luz á las candelas,
Y allí para tomar algun reposo
Asentaron real y ponen velas,
Por descansar el tiempo tenebroso
Debajo de fieles centinelas;
Mas el adelantado no reposa
Admirado de tierra tan fragosa.

Pasada la nocturna pesadumbre,
Y Apolo comenzando su carrera,
Mostrando por el alto de la cumbre
De la nunca domada cordillera
A la vista mortal aquella lumbre
Que da mas resplandor en el esfera,
El buen gobernador con pena harta
Determinó volver á Santa Marta:

Llevando por delante los heridos
De los pestilenciales nocmentos,
Cuyas lamentaciones y gemidos
En él causaban tiernos sentimientos;
Y siempre que tocaban sus oídos,
Crecían sus fatigas y tormentos;
Viendo que sin que lleguen á las manos
Y sin ver quién, le maten sus cristianos.

Antes de se partir dejó mandado
Al hijo don Alonso que prosiga
El castigo que tiene comenzado
Con gente tan rebelde y enemiga:
El cual como valiente y esforzado
No rehusó trabajo ni fatiga;
Y ansi para cumplir sus mandamientos
Tomó destos soldados ochocientos.

Todos pasaron juntos por Origua,
Y después se partió la compañía,
El capitán Suárez á Bondigua
Y el general para San Juan de Guia,
Llevando gente de la mas antigua
Que ya los malos pasos conocía;
Y aunque pasos algunos se defienden
Ambos á dos llegaron do pretenden.

De paz los de Bondigua les salieron
Por ser su poblacion menos potente,
Y al capitán Suárez ofrecieron
Algunas buenas joyas en presente;
Salieron destos pueblos y subieron
A otra poblacion mas eminente
En gentes y posible, que se llama
El valle de los indios de Chairama.

Hombres membrudos, sueltos, bien dispuestos,
Mas que las otras gentes sus vecinas,
Los cuales fueron á las armas prestos
Cuando vieron venir las peregrinas;
Y por aquellos altos y recuestos
El valle se hundía con bocinas,
Hechas de las canillas de hombres muertos
Por ellos en aquellos mismos puertos.

Sube por un altísimo collado
El Suárez al golpe de la gente:
A San Martín llevaba del un lado,
Varon en los recuentros escelente;
Otro colateral es Juan Cuadrado,
Alferez estimado por valiente:
Arronjan tantas galgas al instante,
Que vuelven mas atrás que van delante.

El español brioso y atrevido
Porfia con sudor en la subida ;
El bárbaro no menos encendido,
Procura de privarlos de la vida :
Suárez en la pierna fué herido,
Y aunque no fué de muerte la herida,
En comer y beber tuvo gran freno
Creuyendo ser la flecha de veneno.

No cesan de subir, y como vieron
Que ya no les podían poner rienda,
Los bárbaros sus casas encendieron
Antes que nuestra gente las encienda,
Y con flechas y piedras rehicieron,
Ayudados del humo, la contienda;
Pero los nuestros son superiores,
Haciéndoles tomar otros altores.

Después que por la población entraron
Con una hambre lea y atrevida,
Sin consideración se derramaron
Los mas dellos en busca de comida :
Viendo que del buen orden no curaron
Ni fué su voluntad obedecida,
El Suárez mandó que con la hoja
El alferez Olaya los recoja.

El cual luego partió como una jara
Con la rodela y la espada lista,
Y como por su mando no repara
Un mancebo Bermejo, polvorista,
Dióle tal cuchillada por la cara,
Que fué ventura no perder la vista :
El golpe fué debajo de las cejas
Tan largo que tocó las dos orejas.

Aprieta la herida con la mano
El misero, pidiendo luego cura :
Fué el capitán Cardoso, cirujano,
En medio del hervor desta presura,
El cual en breve tiempo le dió sano,
Sin quitar el barniz desta pintura,
Por no ser poderosos mil alcaldes
A limpiar tan pesados albayaldes.

Viendo quemadas ya por el vecino
Aquellas afamadas poblaciones,
Los nuestros apresuran su camino
Al pueblo que llamaban de Quiñones ;
El Juan de San Martín con ellos vino
Guiando por forzosos reventones,
Los cuales ya tenían ocupados
Indios de todas armas pertrechados.

Quando llegaron a la postrer cuesta,
No pudieron tomar algún reposo,
Porque según el indio lo molesta
O subir o morir era forzoso ;
Y el capitán Suárez hizo presta,
Para subir el paso peligroso,
Compañía de sueltos rodeleros,
Yendo con ellos él de los primeros.

Los pasos desta sigue la restante,
De diferentes armas pertrechada,
Llevando con buen orden por delante
Aquella bien compuesta pavesada,
Con tiros de arcabuz porque se espante
La bárbara canalla, confiada
De dar á sus deseos cumplimiento
Sin ellos recibir desabrimiento.

De bárbaros que tienen mas enfrente,
Ante que concluyesen la subida
Vino de flecha y piedra tal creciente
Que se ven en gran riesgo de la vida ;
Y aun con los arcos dan á mantenido,
La munición de flechas consumida :
Los golpes insufribles por su partido
Atormentan y quiebran los escudos.

Como en tinieblas, muerta ya la lumbre
Y el oficio divino concluido,
Que hacen, de católica costumbre,
Con palos y matracas gran ruido,
En memoria de aquella mansedumbre
Del justo que por Judas fué vendido,
Y aquella multitud de roneos sonos
Entristecen cristianos corazones.

Deste jaez y muy mayor estruendo
Resulta de los palos y pedradas,
Que para los oídos es horrendo
De los que llevan piernas fatigadas,
Al tiempo que la cuesta van subiendo
Sin poderse valer de las espadas,
Unos enhiestos y otros de rodillas,
Y del sudor cubiertos las mejillas.

Animan con cornetas los de fuera
Que son hechas de grandes caracoles,
Pero con todo esto persevera
La fuerza de los nobles españoles,
Hasta que ya subieron la ladera
Abuyentándolos destos peñoles,
Adonde descansaron un buen rato,
Pero no sin temor y sin recato.

Porque según aquellas ocasiones,
Los tiempos de quietud eran escasos,
Y para ir al pueblo de Quiñones
Restaban de subir dos malos pasos ;
Y así tomó Suárez de peones
Los mas lijeros y los menos lasos,
A fin de descubrir aquel engaño
De donde les podía venir daño.

Siguiéron los demás á los primeros,
Según guerreros usos ordenados ;
Indios algunos ven por los oteros,
Pero los pasos desembarazados ;
Procuran de hacer los pies lijeros
Antes que se desubran mas nublados :
Finalmente, llegaron al asiento
Sin ver abortado movimiento.

Hallaron ya la gente retraída,
Vacías las moradas y aposentos,
Pero dentro gran copia de comida
Que no fué lo menor de sus intentos ;
Porque de la larguísima corrida
Todos iban cansados y hambrientos :
Componen las dormidas y las cenas,
Que después pagarán con las setenas.

Viendo cómo quería coger heno
Para cama cansado caminante,
Suárez dijo : « Por consejo bueno
Ternia que pasemos adelante ;
Salgamos de tan áspero terreno,
No hallemos en él quien nos espante ;
Porque destas señales se barrunta
Que se va convocando grande junta. »

El San Martín, que llevan por piloto,
Le respondió : « Señor, en este puesto
Ningun temor tengamos de alboroto
De indio que nos pueda ser molesto. »
Ayudáronle todos con su voto,
Porque por ir cansados quieren esto ;
Y así reparte quien el cargo tiene
Las velas por el orden que conviene.

Fuéles la cena bien aderezada,
Pues el mismo señor es el criado,
Y sería la mas aventajada
Algunos puños de maíz tostado,
Y alguna batatilla mal asada
La sustancia mejor de lo guisado ;
Y así durmieron en aquella cumbre,
Sin que nadie les diese pesadumbre.

Al tiempo ya que la febea llama
Comienza de dorar la verde planta,
Y en el altar de la tremante rama
El ave con arpada lengua canta,
El español de la terrestre cana
Las armas en la mano se levanta,
Y el bárbaro también por su partido
No sale menos bien apercebido.

Los nuestros bajan luego la ladera,
Según les pareció que convenia,
Guiando San Martín esta carrera
Acia la playa de San Juan de Guía,
Adonde don Alonso los espera
Con caballos y buena compañía ;
Pero por donde van, tienen los puertos
Infinidad de indios encubiertos.

Pasando pues por un lugar estrecho,
Temerosos y bien apercebidos,
De los indios que estaban en acecho
Algunos españoles son heridos
De yerba ponzoñosa, y esto hecho,
Con gritas atormentan los oídos,
Demas de los crujidos de las cuerdas,
Cuyos encuentros son manos izquierdas.

Según suelen venir granizos gruesos
De la región del aire congelados,
Que lastiman las carnes y aun los huesos
De las aves, conejos y venados,
Y también los ruidos son espesos
De los golpes que dan en los tejados :
Tal y tan grande estruendo se hacia
Al tiempo que se da la batería.

Los diestros y los menos enseñados
En aquestas beligeras escuelas,
Estaban de rodillas encorvados
Detrás de los escudos y rodellas,
Que traspasaban tiros regulados
Como si fueran delicadas telas,
Ansimismo clavando con la punta
La carne que al escudo hallan junta.

Un terrible gaudul, ya viejo cano,
Por el lugar mas descubierta corre,
Con solas siete flechas en la mano
Y sin contrario tiro que lo borre :
Hirió con cada una su cristiano,
Y entrellos al buen Gomez de la Torre,
Cuyo rabioso fin, triste y amargo,
Un día natural fué lo mas largo.

Como creciese pues esta presura
Y el impetu de flechas insufrible,
Por estos capitanes se procura
Según el orden que les fué posible,
Sacallos del mal paso y angostura
A parte mas capaz y conveniente,
Bonde de los heridos, hecha cuenta,
Hallaron cuatro menos de cuarenta.

En apartándose de los flecheros,
Como ya por la playa caminasen,
Despacháronse ciertos mensajeros
Al don Alonso, que le demandasen
Caballos con algunos compañeros,
Para que los heridos se llevasen ;
Y entre tanto lavaron las heridas
Con aguas de las ondas desahridas.

Pues médicos de rústica Minerva
Les dijeron hallar por experiencia
El agua de la mar ser contrayerba
Buena contra rabiosa pestilencia,
Usada ya por india caterva,
Lavándose con suma diligencia ;
Mas ha de ser brevisima corrida
La distancia del agua á la herida.

Pero la medicina mas segura
Es no se ver los hombres en estrecho,
Que de la dicha ni de mejor cura
Tenga necesidad humano pecho ;
Pues en esta presente desventura
El remedio mejor fué sin provecho,
Porque de las personas mal heridas
Dos ó tres escaparon con las vidas.

Dadas las nuevas en San Juan de Guía
A nuestros castellanos escuadrones,
Y conociendo cuánto convenia
El cumplimiento destas peticiones,
Don Alonso de Lugo les envia
Socorro de caballos y peones ;
Siendo nombrado para su despacho
Por caudillo Bartolomé Camacho.

Mancebo natural de Villafraña,
Señalado lugar de Estremadura,
A quien valor y brio no le manca
Según muestra su buena compostura :
Porque con el honor de barba blanca
Lo vemos en aquesta coyuntura,
Y es testigo fiel de lo que escribo,
Por vivir en el pueblo donde vivo.

Hicieron pues sus pasos diligentes
Orillas de la mar y sus resacas,
Hasta que ya toparon los dolientes,
A los cuales traían en hamacas
Que de cristianos hombros van pendientes :
Y como no podían fuerzas flacas
Comportar los heridos ni llevarlos,
Pusieronlos encima de caballos.

Puesto caso que no sin embarazos
De prisiones y fuertes ligaduras,
Porque después de hechas mil pedazos
Las ropas y sudadas vestiduras,
Se mordían las manos y los brazos
Con estridor de dientes y bramuras,
Retorciendo los labios y la boca
Quando la yerba las entrañas toca.

Desta manera fueron caminando
Hasta San Juan de Guía, do primero
Dimos razón estallos esperando
El resto del ejército guerrero,
Y donde con temblores y rabiando
Vieron los mas su día postrimero ;
Y el dicho general por su persona
Determinó de entrar hasta Tairona.

Aderezáronse como convino
Para volver al belicoso juego :
Llegaron por el término marino
A la boca del río de Don Diego ;
Por montuoso y áspero camino
Para Tairona se partieron luego :
Entraron sin ver indica presencia
Y sin que les hiciesen resistencia.

Por bajo valle va nuestro estandarte
Mirando poblaciones y culturas,
Puestas en las laderas de tal arte
Que hacen las subidas mal seguras ;
No faltan flechas de una y otra parte
Encaminadas desde las alturas,
De las cuales en un angosto puerto
Uno de los soldados quedó muerto.

Como la fusca noche se venia
Quedando sin color sierra nevada,
Y del largo camino se sentia
La castellana gente fatigada,
En parte que segura parecia
Don Alonso mandó hacer parada ;
Y á causa de peligros evidentes
Se señalaron velas convinientes.

Los indios, pocos pasos de desvío,
Pusieron ansimismo veladores,
Y de una y otra parte de aquel río
Tocaban infinitos atambores,
Con grita que denota gran gentío
Por cima de los ásperos altores ;
Y el ruido les fué tan enojoso,
Que no tuvieron punto de reposo.

Don Alonso de Lugo, conociendo
La grande multitud que se venia
Por una y otra parte recogiendo
De aquella salebrosa serranía,
Determinó de irse retrayendo
Sin esperar allí la luz del día ;
Porque si los tomaran las salidas,
Todos corrían riesgo de las vidas.

En el tiempo que ya la lumbre pura
Del radiante hijo de Latona
Iba restituyendo su blancura
A la nevada cumbre de Tairona,
Los españoles tienen el altura
Acercándose mas acia Marona,
Sin sacar otra cosa destos senos
Sino cansancio y un cristiano menos.

Teniendo ya la playa por amparo
Y el frescor de los vientos oceanos,
Acuerdan reposar el día claro
Para de noche dar en los hermanos,
Que fueron Marbare y Arobaro,
Caciques que tenían mas cercanos,
De los de la Ramada descendientes,
Aunque de su riqueza diferentes.